

La calle para el martes 22 de febrero de 2011

Diario de un espectador

El gran concierto

Miguel ángel granados chapa

*El gran concierto* es una película alegre, con el condimento de la buena música, que retrata con ánimo paródico, fársico en ocasiones, la actualidad rusa, no con añoranza por el pasado socialista sino con acento crítico que también se extiende a conductas de la burocracia cultural francesa. Existe el riesgo de que los estereotipos con que se abordan actitud y comportamientos de gitanos o judíos escondan un prejuicio racial. Pero nos parece que esa posibilidad queda superada por el humor con que los personajes aludidos son trazados.

El protagonista de la historia es Andrei Filipov, director de la orquesta del ballet Bolshoi, caído en desgracia todavía bajo el régimen soviético y que se mantiene en una lamentable condición aun bajo el gobierno democrático de Putin. Más como castigo que como oportunidad, se le ha permitido seguir trabajando en el Bolshoi, después de su destitución y su condena a abandonar la batuta. Queda reducido a la condición de barrendero, de empleado de limpieza que de vez en cuando se asoma al salón donde ensaya la orquesta que encabezó y que también ha venido a menos, gracias a la frivolidad y el burocratismo de los nuevos responsables.

En cumplimiento de su jornada, Filipov observa la llegada de una carta por el fax. Es una invitación al director del Bolshoi para que con su orquesta ofrezca un concierto en el Chatelet de París. El pedido es urgente, pues una orquesta previamente contratada canceló su presentación y el programa no puede quedar con un hueco que sólo un conjunto prestigiado puede colmar.

Filipov no deja el mensaje sobre el escritorio del director sino que se queda con él, porque lo asalta una tentación a la que sucumbirá: contestará el director del teatro solicitante, el estirado Olivier Mone Duplessis dando por hecho su viaje a Francia. Se propone dirigir de nuevo, para lo cual debe reconstituir la orquesta que se vio obligado a dispersar cuando la burocracia del partido comunista lo castigó por defender a los músicos judíos.

Acude en primer lugar a su gran amigo Sasha, un virtuoso del violonchelo degradado a chofer de ambulancia. Juntos deponen sus rencores y visitan a Iván Gavrillov, que treinta años atrás fue su verdugo pero que sabe francés y tiene capacidades de organización. Y comienza la leva de los músicos venidos a menos, a los que ilusiona la idea de viajar a París. El reclutamiento sirve para exhibir las fallas y contradicciones de la vida cotidiana rusa, algunas de ellas muy divertidas. Por ejemplo, la esposa de Filipov, que contribuye con su entusiasmo a armar la suplantación, se dedica a colocar extras, pero no para filmar películas. Los grandes

magnates de la nueva economía rusa, los mafiosos que se apoderaron de las empresas públicas, compiten entre sí ofreciendo multitudinarias fiestas, para las cuales contratan invitados (pues su círculo de amigos no es tan grande como quisieran). Esos extras se ganan también la vida como si fueran militantes de partidos que los necesitan para dar idea de su importancia en las manifestaciones callejeras.

A cada paso salen a relucir las trampas y deficiencias de la sociedad: el autobús que llevará a la orquesta al aeropuerto no llega y tienen que caminar, urgidos porque en la terminal aérea, a la vista de todos, una banda de falsificadores gitanos los proveerán de pasaportes y visas falsas. Pero en el fondo hay una historia que veremos.